LA CITA

Quedamos en el Laguna, supongo que por ser terreno neutral. Me pareció lo correcto y ni se me ocurrió preguntarle si no sería mejor quedar en casa. Llego con antelación, cruzo ligero el espacio delante del mostrador dirigiéndome hacia la gran cristalera que separa el *hall* de la cafetería. Intento parecer natural, esperando vislumbrarla sentada a alguna mesa antes de empujar la puerta y encontrarme a solas con toda la gente del bar. Sin embargo sé que el conserje ya me está mirando, noto sus ojos en mi espalda, percibo su silente presencia escrutadora detrás de mí y eso basta para que me decida a entrar sin más, alejándome de él y metiéndome más adentro del lujo frío de este antiguo hotel.

Hay mucha gente y parecen todos solos. Los únicos ruidos proceden de las tazas en las bandejas y de las hojas de los periódicos. Ella no está. Miro para la barra pero se me adelanta un camarero que me escolta hacia una mesita libre. Le pido un cortado y vuelvo a estar solo. El hombre de la mesa de al lado cruza las piernas y levanta el periódico. Leo el titular de la primera plana y lo olvido enseguida. Lleva un traje gris y me fijo en sus finas medias de caballero y hago tiempo tratando de entender si son negras o un tono oscuro de azul.

Ella tarda unos veinte minutos en llegar, entra y me mira con cierta dulzura como si lleváramos pocos días sin vernos. Saco otra servilleta de papel y me seco los labios. Noto que hay otra limpia al lado de la que acabo de dejar en la mesa. Luego me levanto y espero a que ella se acomode para recuperar mi asiento. Hago un gesto al chico de detrás de la barra y le pregunto a ella qué quiere tomar; luego esperamos en silencio a que llegue el camarero, mientras aprovecho para reflexionar sobre cuánto tiempo hará que no pongo el pie aquí y que no ha cambiado mucho. Las mismas lámparas, la misma atmósfera. Le pido un descafeinado de sobre y ella me sonríe. Vuelvo a remover mi café. Me dice que acabaré haciendo un agujero en mi taza de tanto remover y le pregunto qué tal está. Sigue sonriendo, luego me coge la mano sobre la mesa y me devuelve la misma pregunta obviando la mía y fijando sus ojos hondos en mí como antaño. Mi cuchara ya está tranquila y le contesto que más o menos como siempre, que supongo que bien, no me quejo. De repente se apoya en el respaldo de su silla y suspira mirando a su alrededor como si acabara de bajarse del tren. -Bueno, cuéntame entonces. Que me querías decir?

Estoy pasmado, tratando de recordar en qué momento he decidido ponerme en contacto con ella, o cuándo he buscado su número para quedar. Juraría que ha sido ella.

Ella me ha llamado y me ha citado para hoy, para hace media hora, aquí, en donde solíamos tomar un helado cuando todavía yo era demasiado pequeño para tomar café. Me deja tiempo para reflexionar y se concentra en su taza, en el ritual del sobre, de la leche y de la cucharilla. Me hipnotiza el sosiego que emana de sus gestos, aunque no consigo que me contagie. Busco en mi memoria el instante en el que descuelgo el teléfono, oigo su voz y acepto la propuesta de quedar aquí. Pero tampoco lo encuentro. Levanta su mirada y sé que ha llegado el momento de contestarle algo, pero la verdad es que no sé el qué.

- Creo que simplemente me apetecía verte.

Lo suelto mirando para el mantel terso, envolviendo la segunda servilleta en la primera que había quedado inmaculada. Escondo la diminuta pelota de papel entre la mesa y el borde del plato de mi taza de café.

- Eres un cielo. Has hecho muy bien. –Dice estirando el brazo y poniendo su mano en mi mejilla. No puedo llamarlo caricia. Simplemente deja descansar su mano en mi rostro el tiempo que ella considera oportuno. Luego lo retira y sigue mirándome. Desde luego aguanta mejor que yo los silencios incómodos. El camarero vuelve y deja en la mesa un ancho vaso mediado de agua con gas. - Y el agua. -Dice y se va antes de que yo pueda replicar que yo no le había pedido agua; ella coge el vaso y la veo sonreír a través del vidrio, para después volver a fijar su mirada en mí.

- Todo sigue igual, incluso estos vasos, ¿recuerdas? Cuando veníamos, pedías agua en un vaso como estos y necesitabas de las dos manos para llevarlo a la boca. No querías otro vaso y eras tan tierno, podía pasarme horas mirándote, tan pequeño y ya tan testarudo... Luego dejaste de querer volver aquí. Quizás de repente eras demasiado mayor para tomar vasos grandes de agua con tu madre.

- No fue así. Tú te marchaste.

- Qué cosas dices. ¿Marcharme, y adónde?

- Mamá, por favor no empieces.

- Me acordaría, ¿no crees?

- Vale, dejémoslo.

- Como quieras, no te enfades, por favor. ¿Cuánto hace que no nos vemos? Has crecido. Ya eres un hombre, te lo veo en la mirada. Un hombre decidido, fuerte... quién sabe a cuántas tienes ya enamoradas...

- ¡Mamá! -No puedo reprimir el instinto de mirar a mi alrededor

- Y dime, ¿qué es de tu hermano? Hace un siglo que no sé nada de él.

- La verdad es que no sé casi nada. Nuestra relación no ha cambiado mucho en los

últimos tiempos. Antes tampoco hablábamos...

- No digas eso. Me entristece saber que mis dos únicos hijos se llevan mal. Es triste, ¿no te parece?

- Sí, creo que sí, qué quieres que te diga, pero tampoco es que nos llevemos mal, para eso antes habría que llevarse ¿no? La verdad es que nunca hemos compartido mucho, lo sabes, demasiado distintos, opuestos.

- ...y complementarios.

- Sí, si quieres verlo así... De todas formas lo que sé es que ha encontrado un nuevo trabajo y se ha mudado otra vez. Bueno, tampoco es un nuevo trabajo, es el mismo, le han trasladado para una sucursal en Madrid. Lo sé porque me ha llamado él un día para decírmelo. En ese momento no sabía bien si quería que me alegrase por él o si tenía que compadecerme por su traslado forzoso. Supongo que simplemente me estaba informando según su criterio de necesidad que le impulsaba a avisarme, no sé.

- Vale, lo dejamos, pero dime de ti. Estás siempre tan serio, ¿qué te pasa?

- Nada mamá. Estoy un poco cansado, es todo. Quizás confundido. Me resulta extraño volver a verte después de tanto tiempo.

- ¡Cómo tanto tiempo! Tampoco ha pasado tanto. A mí me parece que fue ayer. Todo me parece ayer, es todo tan bonito... Era tan bonito, ¿no crees?

- Eso es algo que nunca he aguantado de ti. Cuando algo no te gusta y lo pasas mal, te encierras en ti misma, te olvidas de todo el mundo, qué se busquen la vida, o directamente te vas, y luego cuando tu viaje en solitario te ha llevado a puerto seguro, lejos de las tormentas en las que has dejado a los demás, dices que todo te parece “bonito”. Pero ¿bonito para quién? ¿Para ti? ¿De verdad te parece bonito todo eso? Lo peor de todo es que lo dices en serio, consigues olvidarte por completo de lo de antes, de los demás.

- Jo, hijo, si no quieres verme, dímelo ya y me voy, no quiero molestarte. No entiendo por qué estás tan enfadado. Yo vine a tomarme un café con mi hijo y nada más.

- No, perdona. Ya te lo he dicho, estoy cansado.

- Se te ve. No te preocupes. Deberías dormir más, y dormir bien. Igual por la noche cenas demasiado. ¿Te tomas una infusión antes de acostarte? Te ayudaría a digerir... así no tendrías tantos “sueños feos”... ¿Recuerdas cuando decías así? Venías corriendo a la cama mía y de papá y decías que acababas de tener un “sueño feo” y que querías dormir con nosotros. -Vuelvo a sondear el espacio a mi alrededor y me parece que al señor del periódico de la mesa de al lado le hizo gracia el recuerdo de mi madre, pero igual sonríe para sí solo de algo que acaba de leer. Luego de una pausa le vuelvo a preguntar: - Dime

de ti, mamá. ¿Cómo estás?

- ¿Y papá? ¿Qué tal le va todo? Cuánto hace que no sé nada de él, pobre. Debe de estar preocupado. ¿Le has dicho de nuestra cita? Le hubiera encantado volver a este sitio. ¿Por qué no se lo has dicho? Me acuerdo mucho de él.

- Pero ¿a qué viene ahora eso de papá?

- Sí, nos lo pasábamos bien todos juntos ¿no? Cuántos recuerdos, parece que han pasado dos días. Tú y tu hermano todavía niños, y tan alegres. Parece ayer y sin embargo hace tantos años... ¿tantos, no crees?

- Mamá, no te entiendo, de verdad. ¿Lo has olvidado? ¿Has olvidado todo?

- ¿Olvidado? Cómo podría olvidar, olvidarme de vosotros? Una vida juntos, una familia. -Ella levanta su mirada y parece buscar las palabras entre las complejas volutas de los brazos de la lámpara que cuelga del techo. A mí de repente me parece demasiado grande y pesada e inestable. Se acaricia una mejilla con dulzura, como si esa mano no fuese la suya, como si fuese un cariño de otra época, llegado hasta ella por el embrujo de los recuerdos. Yo busco en su mirada el vacío desolador de la demencia o quizás el brillo de la locura, pero sólo la veo a ella, tierna y lúcida como siempre, como la recordaba, como siempre será para mí.

- Fue horrible, mamá, no puedes...

- Hijo, qué dices; tuvimos nuestros altos y bajos como todos. Tú eras un niño. Sólo erais unos niños, dos niños maravillosos, mis niños. Qué adorables erais. Siempre quise tener hijos. Desde que tengo memoria siempre quise tenerlos, dos varones y una niña, pero papá sólo quiso dos. Cuando llegaste tú me dijo que ya estaba y que no íbamos a tener más. ¿Qué pena, no? Me hubiera encantado tener a una niñita, para vestirla como a una muñeca, y pasear con ella y luego verla convertida en una mujercita que me contaría sus cosas, cómplices, con nuestros secretos, y finalmente una adulta, una mujer hecha, con su vida, y quizás sus hijos, mis nietos. Hasta nos imaginaba ir juntas a comprar las ropita para su bebé o a mirar los escaparates. Los chicos muchas veces sois más independientes. Mira por ejemplo tú y tu hermano, cada uno por su cuenta y yo sin veros desde hace mucho tiempo...

- Vale, dejémoslo. -Mi café sigue mediado y sin embargo tengo el impulso de llamar al camarero para que me traiga otro. Miro para él que se mueve entre las mesas y casi me alegro de que no se dé cuenta de mí, ya que no sabría siquiera qué decirle. El hombre de la mesa de al lado ha doblado el periódico y está de pie. Deja alguna moneda encima del mantel y, mientras se gira, nuestros ojos se cruzan. Reclina la cabeza y yo lo interpreto como una despedida educada; trato de sonreírle, luego busco la mirada de mi

madre.

- No me has dicho todavía qué querías contarme. -Me lo suelta a bocajarro y tengo la sensación de mirar para una espiral y de acabar de darme cuenta de que lo que parece movimiento es sólo una ilusión. Pero me rindo. - Nada, me han renovado el contrato en la universidad; de hecho me han ofrecido un nuevo proyecto, de mayor envergadura, y, bueno, eso significa que...

- ...Que están contentos contigo, claro. -Lo decimos prácticamente a la vez, parece que me lee en los pensamientos. Se ilumina: -Y yo estoy orgullosa de ti. -Vuelve a apoyar su mano en mi rostro pero es una fracción de segundo: la retira y se levanta. - Hay que celebrarlo, tomemos algo especial, ¿qué te apetece?

La veo de pie a mi lado, que sigo sentado, envuelta en su vestido de siempre con la mirada franca, una sonrisa y el brazo levantado, como para coger un fruto o para contestar a una pregunta fácil del maestro, o aún para gritar el "ya" en una carrera de críos en la playa, más que para llamar al camarero. O como para despedirse de alguien que se ha subido a un tren que va a tardar en volver.

- No déjalo, con lo que tenemos es suficiente, ¿no te parece? No sabría qué tomar, todavía no he acabado mi café... qué más da. Lo importante es que quería compartirlo contigo, sí, bueno, decírtelo.

- Y has hecho muy bien, hijo. -Vuelve a tomar su asiento -Qué contenta estoy, qué alegrías me das. Pero no me sorprende ¿sabes? Yo siempre he confiado en tus cualidades, ya eras un niño inteligente y supe desde el principio que podrías llegar a lo que quisieras, incluso sin ayuda... tu padre estará orgulloso, ¿o no es así? ¿Qué es de él? No me has dicho nada... ¡siempre estuvo tan pendiente de vuestros logros!

- Mamá, por favor. No me gusta hablar de él.

- Pero por qué no, es tu padre y le quieres. Y él a ti. Y yo también le quiero.

- Pero no, mamá, no. No puede ser. No puedes ser así. Lo que dices es mentira. ¿De verdad no recuerdas? ¿Qué te pasa, mamá? Imagino que tiene que ser duro... no, no es cierto, ni siquiera imagino lo duro que debe haber sido, lo que has pasado, hasta decidir dejarnos, dejarnos a todos.

- ¿Dejaros? Yo no te he dejado, nunca me he ido, ¿qué dices? Siempre he estado a tu lado y siempre lo estaré. Te quiero a ti y quiero a tu hermano. Y quiero a tu padre, siempre le he querido. Nuestro matrimonio no ha sido siempre fácil, pero fuimos una familia como las demás, con nuestros problemas, claro, pero salimos adelante. Lo que pasa es que tú sólo ves lo negativo y no sabes concentrarte en lo bueno que tuvimos.

- Mamá, yo sé que nos has querido pero también sé que ha llegado un punto que

no pudiste más y que te fuiste... o quizá tengas razón. Ha pasado tanto tiempo que qué más da ahora volver a recordarlo todo, ¿no? Tal vez sea como dices tú, pero yo no puedo, no consigo hacerlo. Entiendo que ahora todo te parezca lejano e indoloro y que quieras verlo así, entiendo que es lo que hay, pero yo no puedo ni quiero negar que fue un horror para todos. Recuerdo despertar por la noche por vuestros gritos, las peleas constantes, recuerdo espiarte mientras llorabas en la cama. Recuerdo oírte decir que tenías miedo, de él, por ti y por nosotros. Recuerdo oírte llegar a maldecir el día en que nacimos, habernos traído a este mundo, a esa situación. Al principio pensé que te habías arrepentido de nosotros, de haber sido madre, luego entendí que sin nosotros hubieras sido más libre de marcharte de él, sin complicaciones, dependiendo de ti misma, sin poner en peligro la vida de tus hijos, salvándonos por no habernos hecho. Él te pegaba, mamá.

Sus manos se aprietan alrededor de la taza y parecen quererla ahogar, tiene la mirada gacha y no dice nada.

- Nosotros lo sabíamos y no podíamos hacer nada. Teníamos miedo, como tú. Estábamos solos. Los cuatro estábamos, cada uno a su manera, solos. Porque imagino que él tampoco era feliz, encerrado en su celo, su rabia, su violencia, en todo el miedo que había creado y preso él también en la jaula que había tejido a tu alrededor. Tenías miedo que se vengase con nosotros y decidiste seguir a su lado aguantado por nosotros, dejándonos allí, como si eso pudiera ser vida, mamá. No quiero imaginar lo que sentiste, no puedo. Lo que sé es que ninguno de nosotros merecía todo aquello y que quizá tenías razón cuando llegaste a maldecir el día en que nacimos.

- Sólo pasó una vez, hijo, sólo me ha pegado una vez...

- ¡No! Fueron años de tortura física y psicológica, de llantos a escondidas y mentiras a las vecinas, escusas para no ir a las cenas de Navidad para no tener que enseñar moratones. Luego, con los años aprendí a entender los chantajes para que dejases de querer salir con tus amigas, para que estuvieses únicamente a su lado, entendí el control, en tu móvil, en las facturas, las presiones para que dejases el trabajo al poco de nacer yo, el tener una cuenta común... Mi hermano en cuanto pudo se largó: luchó para encontrar trabajo lejos y en cuanto lo consiguió se fue. Volvía de vez en cuando, temporadas sueltas. Y ahora este último traslado no es más que una vuelta a su hogar, en donde sea que esté lejos de aquí. Luego no aguantaste más y decidiste hacerlo. Tomaste todas las pastillas que te había dado el psiquiatra al que ibas a escondidas y no volviste jamás. Te fuiste, mamá. Te suicidaste, ¿lo recuerdas?

- Sí, tienes razón. Tú ya casi eras un hombre y podías valerte por ti solo. Sí, eso lo recuerdo, ¿cómo lo iba a olvidar? Pobre, tiene que haber sido duro.

- Te encontró él. Estabas en cama y no te movías. Cuando llevaron tu cuerpo, él paso tres días llorando. Me repetía que él no había sido, como un niño que acaba de romper un juguete. Por primera vez me dio pena. Yo tuve miedo por mí y por él. Me dabas pena tú, que habías decidido marchar para no volver nunca más, pero también estaba enfadado. Me sentía a veces triste por no haberte entendido antes, pero sólo era un niño. Siento haberte echado la culpa.

- No te preocupes. Soy yo quien lo siente. Eras tan pequeño, casi un hombre pero todavía tan frágil y temeroso. Igual hubiera tenido que esperar un poco más, pero no aguantaba, hijo. Era demasiado.

- No mamá, no te culpo. Mi enfado no era más que miedo, un miedo enorme como el vacío. Al final te envidié. Por tu fuerza, por tu valentía. Aguantaste por nosotros y luego hiciste lo que yo nunca fui capaz de imitar.

- No digas eso, hijo. Seguramente hubiera tenido que intentarlo, abandonarle y salvaros. Y salvarme a mí también. Pero ahora es tarde, ¿no? Qué se le va a hacer. Las cosas han ido así y es una pena. Sabes que me hubiese gustado que todo fuera distinto.

- Lo sé, descuida mamá.

- Siempre me tendrás a tu lado, lo sabes, ¿verdad? Cada vez que quieras estaremos juntos. Ahora tengo que marcharme, pero nunca te abandonaré. - Sus ojos volvieron a ser los de siempre, limpios y frescos, de un marrón intenso y de un blanco sin manchas como los de una niña. Esas manos que me llevaban al colegio recogieron su bolso y luego se levantó sin dejar de sonreírme como hacía ella. Finalmente lo repitió una vez más: - Estoy orgullosa de ti.

La miré marchar cruzando la porta de cristal que separa la cafetería del *hall* del Laguna.

Poco después llegó el camarero para retirar mi taza y el vaso vacío, seco.

- ¿Le sirvo algo más, señor?

- Sí gracias, un descafeinado de sobre, espero a una persona.